

Nuestra Perona
Esa gran Desconocida



Testimonios y vivencias
de un Barrio Inexistente

Nuestra Perona
Esa gran Desconocida

Testimonios y vivencias
de un Barrio Inexistente

Introducción



Las dos partes de la Perona

La tienda de golosinas se ha convertido en un espeso manto verde donde los perros defecan y la gente pisa por donde antes crecía la vida, las historias de sueños y las dificultades humanas.

Vivo delante de mi barrio inexistente. Aquel que olía a café, a pescadito frito y a sopa de caldo recién hecha. El de la ayuda solidaria y las miradas encendidas. Aquel en el que los niños inventábamos juegos con cajas de cartón y carreras de chapas intercalando las gomas, la charranca o el pica pared.

Hoy me siento en lo que fue mi casa para seguir escuchando el zumbido del tren en la añoranza de mis recuerdos; aquellos que me han ayudado a

construir a la mujer que soy y que cobijan a la niña que duerme en mí. La niña de la Perona.

El Territorio

El barrio de la Perona constaba de dos partes: la Ronda de San Martín y el Fondo de San Martín. La Ronda de San Martín comenzaba en el puente Espronceda, entre la calle del Clot y la calle Guipúzcoa y llegaba hasta la altura de la iglesia de San Martín (Puente del Trabajo). Los que vivían en esta parte del barrio eran personas llegadas de diversos puntos de España. Mayoritariamente de Andalucía. Venían a Barcelona con la única ambición de encontrar trabajo, y sacar a sus familias para adelante.

El Fondo de San Martín comenzaba a partir del Puente del Trabajo y acababa en la Rambla Prim. Esta parte de barrio era una especie “de guetto”. Lo habitaban personas marginales y de diferentes etnias, básicamente de la etnia gitana.



Las Dos Peronas

La Perona en sus primeros años estaba habitada, en su mayoría, por gente “paya”; por este motivo, hubo una delimitación dentro del mismo barrio, una línea invisible que conocían muy bien todos los que allí vivían. Una especie de pacto no escrito: todos sabían hasta donde podían llegar, los “payos” no iban a la parte de abajo. Y los “gitanos” no subían a la parte de arriba. Este hecho no era conocido solamente por los moradores del barrio, sino también por los que vivían fuera de él.

Muchos de ellos acortaban camino por el interior de la Perona para llegar antes a su casa. Sin embargo, atravesar el Puente del Trabajo era otra cosa, sobre todo de noche.

La Construcción del Barrio



La barriada se levantó con rapidez; a pesar de que estaba prohibido construir, cada día al amanecer, se descubría una nueva vivienda. Los ocupantes resguardados en la oscuridad de la noche, levantaban tabiques, ponían techos y puertas antes de que el alba se asomase reveladora. (Si al amanecer no estaba puesto el techo y la puerta de la barraca, pasaba un camión que derribaba todo lo construido).

Los vecinos se ayudaban los unos a los otros aunque no se conociesen. El padre Luis, párroco de la iglesia de San Martín impedía que derrumbaran las barracas que ya tenían puesta la puerta. La parroquia ayudó y colaboró no sólo

en el desarrollo de la Perona sino en las mejoras y calidad de vida de sus inquilinos. Para agradecerle al padre Luis su solidaridad y apoyo, los pobladores de la parte de arriba hicieron una colecta y compraron para la iglesia una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Imagen que se puede ver a día de hoy en la citada iglesia.

Los moradores se fueron organizando para construir y mejorar el barrio: aprovecharon la cercanía con la vía del tren para arrojar allí todos los residuos, a modo de desagüe construyeron pozos muertos que desembocaban en ella, hecho que provocó múltiples conflictos con RENFE. Se formó una comisión para recaudar fondos: todos los domingos por la mañana, las personas elegidas pasaban casa por casa recogiendo dinero, no importaba cuanto fuese, aunque se había decidido que el pago debía ser obligatorio. Gracias a esta iniciativa la parte de arriba de la Perona, en el año 1954, pudo tener electricidad. Poco después también empezaría



a llegar el agua corriente, aunque este proceso fue más lento; muchas personas tardaron algún tiempo en disfrutar las comodidades del progreso.

Los días de lluvia eran terribles. Por la premura de las construcciones, los tejados casi nunca quedaban bien acabados. Después de un aguacero, todos los hombres del barrio se encaramaban para arreglar los desperfectos, daba igual de quien fuese la vivienda, se arreglaba entre todos. También decidieron que tenían que acabar con el barrizal de las calles; el camino de tierra que bordeaba a la Perona y sus barracas se convertía con la lluvia en un cenagoso recorrido para los vecinos y transeúntes. Desde la entrada situada en la calle Espronceda hasta bien entrado el barrio, se tiró un sobresuelo de cemento Portland que cubrió toda la tierra y convirtió aquel camino angosto en un paseo. También se levantaron dos pequeñas aceras a cada lado para que agua no

podiese entrar dentro de las viviendas. El encalado blanco de las casas y las macetas de flores emulaban los pueblos andaluces que muchos habían dejado atrás.

La cultura, las fiestas y las celebraciones



En el barrio, también se fundó una coral a la que llamaron Pastora. La coral recorría pueblos y plazas de toda Cataluña haciendo recitales; incluso obtuvieron varios premios.

La Niña de la Puebla y el Príncipe Gitano (Cantaores de la época) iban con frecuencia a visitar a sus parientes. Ese día había un gran revuelo y unos aires de festividad.

En el mes de mayo, la Perona se vestía de fiesta y engalanaba sus calles, se adornaba las ventanas y puertas con mantones blancos, colchas de encaje y flores por doquier. El aroma y colorido daba paso a la procesión que recorría el barrio entre cantos.

La Navidad era otra de las fechas emblemáticas de la Perona de arriba. En Nochebuena, un halo de luz y alegría parecía recorrer cada rincón de sus calles, ni siquiera aquellos más desafortunados estaban solos en esa noche larga que amanecía sin sueño. Las puertas estaban abiertas de par en par esperando la llegada de todo aquel que quisiese visitarles; a cambio, había que cantarle a Jesús recién nacido y agradecer la unión, la amistad y la botella de anís del

mono que iba de casa en casa tintineando al son de una cuchara, como si se tratase del más sutil de los instrumentos. El rey de una orquesta de potes y cazuelas. A medida que transcurría la noche, el grupo se iba haciendo más numeroso; se metían como podían en las casas agregándose al festejo.

Lo mismo ocurría con las verbenas. Las mujeres preparaban las cocas y luego las llevaban al horno para que se las cociesen, después cada uno aportaba a la fiesta lo que había preparado.

Las bodas, bautizos y comuniones eran, como no, días de alegría y fiesta popular. A pesar de la distancia que les separaba de la antigua iglesia de San Martín caminaba a través del barrio, poco a poco, luciendo las mejores galas preparadas para la ocasión. El cortejo desfilaba detrás de los novios; o de los padres, en caso de que fuese un bautizo, o de los niños y niñas que hacían su primera comunión. Las celebraciones se hacían en los patios y si la familia no tenía patio, se sacaban mesas a la calle y la festividad era pública y compartida por todos.

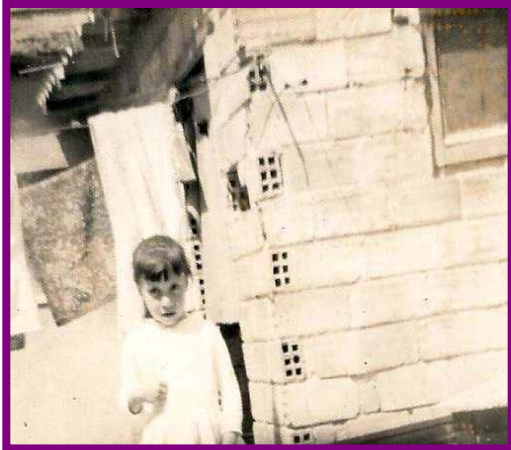
En una de las últimas barracas, antes de llegar al Puente del Trabajo, se habilitó un baile al aire libre. La casa disponía de un gran patio exterior y los domingos los chicos y chicas se congregaba allí bajo la estricta vigilancia de las madres o hermanos mayores, que “hacían de velas”; se les llamaba así porque estaban allí para controlar a los que pretendían festejarse. Años más tarde, los guateques fueron cogiendo relieve y la juventud se reunía en sus casas al son de un tocadiscos.

La vida en la Perona

La vida en la Perona no era fácil; las barracas no cumplían las condiciones básicas mínimas que requería una vivienda. La Perona se levantó en suelo público y las construcciones eran ilegales, por eso, nadie se hizo cargo institucionalmente de las mejoras de salubridad indispensables.



Los barraquistas hacían lo que podía para que su familia estuviese lo mejor posible. Y el resto, lo arreglaban con colectas, o entre todos, de una manera democrática y con un gran sentido de la relación vecinal. Las personas que vivían en la parte de arriba de la Ronda de San Martín eran gentes sencillas con vidas humildes y muchas privaciones. Trabajaban desde que el sol salía hasta el anochecer. Con un solo interés prioritario, “sobrevivir” con honestidad y coraje para salir adelante. Las circunstancias que los trajeron a la Perona fueron distintas para cada familia, pero la mayoría llegaron hacinados en “El Sevillano”, el tren que hacía el recorrido desde Andalucía a Barcelona. Llegaban aquí huyendo de la posguerra, el hambre y la falta de trabajo. También hubo quien vino desde otros puntos de la geografía española he incluso personas de la ciudad venidas a menos.



Ese fue mi barrio, un barrio lleno de circunstancias y sabiduría. Por eso me entristece que la historia haya olvidado a todos aquellos que vivimos y luchamos en aquellas calles. Es como si nuestras vidas, nuestros sufrimientos, nuestros sueños y alegrías jamás hubiesen existido. Ahora, la Perona solo se recuerda por la marginación y la decadencia. Yo me pregunto: ¿En qué nos convierte esto a todas aquellas otras personas que vivimos allí? que nacimos y crecimos en aquel pueblo pequeño, donde todos eran uno y cada uno de ellos era uno de los demás.

Una vez más los árboles no nos dejan ver el bosque; un bosque que silencia una parte importantísima de la historia de nuestra ciudad y nuestro querido barrio de San Martín. Ahora, con la construcción de la estación del AVE en ese territorio quedaremos enterrados de por vida, sin recuerdo ni memoria. Si no recordamos nuestra historia cuando nos hayamos ido nadie sabrá que existimos.

La Niña de la Perona

Estoy donde quiero estar
viviendo toda mi vida.
La que me llenó de amor,
la que me hundió en la desidia.
La que culminó mi cuerpo
con sus células divinas,
la que me arrancó del sueño
de la dulce fantasía.
Estoy, donde quiero estar
desde que era una niña.
Llorando todo el rencor
renunciando a quien me obliga.
Compartiendo sentimientos
abrazando las caricias,
amando como me aman
aposentada, en mi silla.



**Carmen Gómez, la niña de la Perona
que vio cumplido su sueño**

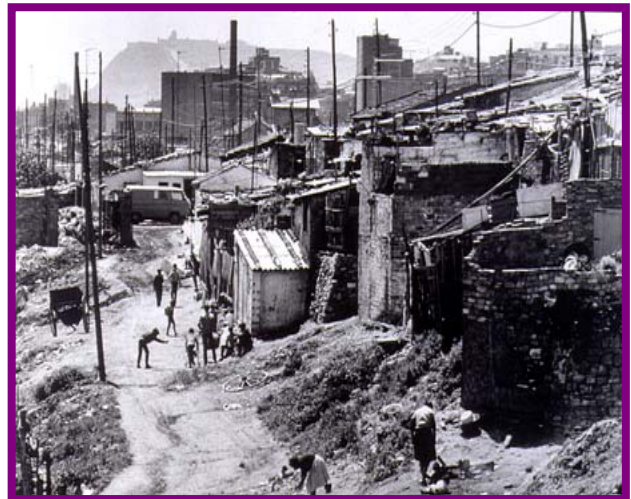
La Perona de abajo



En esta parte del barrio había más de 300 barracas habitadas básicamente por familias de la etnia gitana. Fue denominada como un sarpullido urbanístico y fuente de todos los males de inseguridad ciudadana.

Como se puede apreciar en esta foto en aquella época los habitantes de esta zona ya tenían coches, cosa impensable para los que vivíamos en la parte de arriba. Los vecinos no eran organizados, la finalidad de sus aspiraciones y su forma de vida era completamente distinta a los vecinos de la parte de arriba.

Del año 1947, año en el que se inauguró, hasta el 1989 año, en que fue demolida totalmente, la Perona, sufrió varios cambios demográficos sustantivos. En el año 1966, se decidió celebrar unas maniobras militares en el Somorrostro barcelonés, junto a la playa de la Barceloneta, y se desalojaron las chabolas de la zona, cuyos moradores fueron a parar a unos barracones provisionales en San Roque, junto al estadio de Montjuïc y a la Perona, porque el *Caudillo* no podía presenciar aquel desafortunado panorama. A los pocos días, se decidió levantar en Montjuïc un parque de atracciones y de nuevo los barraquitas fueron a parar a la Perona. Fue entonces cuando la población se desorbitó y empezaron a salir barracas de cualquier sitio.



Cuando empezó a aumentar el poder adquisitivo de las familias, muchos se marcharon, y dejaron las barracas a la intemperie. Una remodelación del ayuntamiento propuso que todos aquellos que quisieran, podían acceder a un piso, a cambio de la placa del número de la puerta y 25.000 pesetas de la época. Mucha gente canjeó su barraca y se fue al piso del barrio de la Mina. Los pisos se construyeron para albergar a las familias y acabar con el barraquismo. Anteriormente, ya había habido otra remodelación y se habían marchado muchas familias al barrio de Pomar. Pero, al no demoler las barracas según se iban quedando vacías, otros inquilinos poblaron la Perona y se acabó

convirtiéndose en un polvorín que se fue cargando y cargando en sus últimos diez años de existencia, dejando tras de sí, el recuerdo nefasto que la precede.



La desaparición de las barracas

En el año 1974 empezó el derrumbe de las barracas con el traslado de 180 familias al barrio de la Mina pero no fue hasta 1989 que las dos Peronas dejaron de existir, dando paso a lo que hasta hoy es el parque de San Martín. Aunque ya por poco tiempo.

Los Fundadores

Nuestro Barrio Inexistente



Dolores Rubiño Cabrera

Sé que estas ahí, asomándote a mi alma. Escucho como caminas por el borde de mi aura. Presiento tu acariciar, en el rubor de mi cara. Escucho en vez de uno, dos corazones que en mi estallan.

Se ha engendrado una ilusión en mi curvada nostalgia, al volverte a recordar. Soñé que aún me mirabas. Y la ternura invadió de esquina a esquina mi casa, como si entrase la luz hasta donde no hay ventanas. Por eso sé que aquí estás, entre la piel de mis lagrimas, acompañándome igual que cuando presente estabas.

Mi abuela era de Granada, llegó a Barcelona en 1940 con su marido y sus hijos huyendo de la posguerra y de la falta de trabajo. Tras vivir unos años en Pueblo Nuevo, en el año 48 su marido le compró una casa, “un chalé”, le dijo. En el número 27 del desaparecido barrio de La Perona. Ilusionada, dejó la habitación donde vivían realquilados y cuando llegó al chalé se encontró con un terreno de 300 metros cuadrados, bordeado de árboles frutales, sin luz, sin agua. Toda su vivienda eran cuatro paredes reducidas a 20 metros cuadrados en los cuales tendrían que vivir, comer, dormir y asearse cinco personas.

La señora Lola bajó la cabeza, compró un candil y piedras de carburo para iluminarse, un cubo de aluminio con una barra de hielo para conservar los pocos alimentos que tenían y unas garrafas para recoger agua de la fuente. Se armó de coraje y honestidad y siguió viviendo.

Cuando el alba aún no se había despertado, ella se levantaba para ir a la fábrica de maquinaria de tintorería, Arbós y Cía, en la calle Mallorca. Se llevaba con ella a su hijo pequeño, al que dejaba con la mujer del portero de la empresa, mientras limpiaba primero los despachos de la fábrica y después la casa de los porteros. Al acabar el trabajo, recogía al niño y se iba a otras casas, donde continuaba limpiando.

Ésta era mi abuela, una mujer sencilla y humilde de ojos transparentes y serenos, honrados y sumisos. Una mujer como tantas otras, una mujer de delantal y moño en la nuca, de manos encallecidas y reseca, de mirada nostálgica y avidriada, una de esas mujeres que nadie recuerda por nada especial, pero cuando estás a solas en tu vida, en tus recuerdos, de repente te aparece su cara y se te llena el alma por dentro de alegría.

La recuerdo contando sus monedas como quien cuenta un tesoro, las guardaba envueltas en un pañuelo que escondía en el pecho. Cada día me compraba un yogur; de aquellos del tarro de cristal, me lo daba siempre cuando no había nadie porque sólo podía comprar uno y éramos muchos. Ella decía que yo lo necesitaba más que los demás.

La señora Lola era una mujer respetada y querida en el barrio, cualquier vecino estaba dispuesto a darle lo que necesitaba cuando ella lo pedía por que todos sabían que lo primero que haría en cuanto tuviese dinero sería pagarles. La gente, al pasar por su lado, la saludaba con admiración en la cara y cariño en la voz. No recuerdo de mi abuela una palabra de queja para nadie. Tuve el placer de estar a su lado en los últimos momentos de su vida; cada día, al salir de mi trabajo, cogía un bocadillo y me iba a comer con ella al hospital. Me quedaba allí hasta la hora de volver

a trabajar; parecía como si tuviese un reloj en la cabeza: cuando se acercaba la hora de irme, me decía: “ya tienes que irte, venga, ¡que no llegues tarde!”.

Ella estaba allí en aquella cama pero su mente estaba con los suyos, con sus hijos, con sus problemas, con lo que yo sentía, acompañándome, aunque pudiese parecer que yo la acompañaba a ella. Hasta el último segundo de su vida siguió amamantando metafóricamente a los suyos. En ningún momento la señora Lola olvidó lo que significa estar ahí entregándose. Con sus ojos llenos de luz y amor, de dolor contenido y de tristeza oculta.

A todas las señoras Lolas de la historia, gracias; gracias por estar ahí, por pasearos por nuestras venas y por haber dejado tantas huellas en el fondo de nuestras almas.

Dolores Rubiño Cabrera, Mi abuela, existió.



La Komarica

Cuando nos hacemos mayores vamos hilvanando el tejido de nuestras vivencias para construir el vestido que nos arropara a lo largo de la vida que nos quede. Unimos verde con verde, rojo con rojo, a cada paso el telar recobra sentido y le vas dando la forma y el color que te gusta y conviene. Durante muchos años de tu vida no tienes consciencia de lo que pasa por ella simplemente funcionas como un autómata perdiéndote las pequeñas cosas, las que te enriquecen y harán grande. Con los años vas tomando distancia y adquiriendo sabiduría. Es entonces el momento de empezar a tejer tus recuerdos.

Tendría seis o siete años cuando conocí a mi primera amiga. Ella se llamaba Komarica y era una vecina del barrio. Komarica la dama de mi infancia, mi dama de los botones. Sobrevivía recogiendo mugre. Su casa era un desecho de multitud de cosas y a mi me encantaba.

Siempre que podía me escapaba de mi casa y me refugiaba en la suya. Allí pasábamos horas en silencio apilando botones por medidas y colores. Estaban enganchados a un papel cuadriculado que yo separaba de un puñado a otro con la destreza de un experto. Al día siguiente todos los botones volvían a estar mezclados nuevamente como si en la noche un duende hubiese deseado el trabajo de todo el día para volver a comenzar, cosa que hacía sin importarme lo más mínimo.

Komarica era una mujer sofisticada y emblemática, de razones sin palabras, de mirada profunda y piel blanca como el nácar. En el barrio la discriminaban porque decían que estaba loca. Algunos incluso creían que era una bruja. A los niños no nos dejaban acercarnos a ella. Nos decían que vendía a los niños para poder comer. Pero yo en cuanto podía me escabullía para estar junto a ella y su silencio, un silencio que abrigaba por dentro.

Sólo tenía una obsesión, pagar los muertos, para que cuando se muriese la enterrasen como dios manda. –decía ella. Todos los domingos por la mañana venía a su casa un hombre vestido con un traje oscuro y una cartera negra que sujetaba debajo del brazo. El hombre abría la larga cremallera y sacaba de la cartera, un papelillo blanco, después volvía a cerrarla y se lo entregaba a la Komarica. Ella, le sonreía como si le acabase de dar un tesoro, después le daba el dinero y el hombre salía de la casa como si hubiese cumplido con su objetivo. Ella se dirigía a una mesita de madera oscura que tenía un pequeño cajón, lo abría sigilosamente y guardaba el papelillo con todos los demás.

Una mañana, unos hombres sacaron de su casa un bulto en una bolsa negra. Escuché a la gente que decía que la Komarica se había muerto aquella noche. La sacaron a rastras como quien lleva una carga. Sin su caja de madera que con tanto afán pagaba para cuando llegase ese día. Nadie lloró a mi querida amiga, nadie como yo sintió un desgarró en el fondo del alma. Los vecinos hablaban criticando su forma de ser y de vivir pero en realidad nadie se dignó a conocerla, a entrar en su mente bohemia y sin dobleces.

Después de muchos años esta mujer sigue viva en mí. Ahora sé que fue la primera amiga que tuve, la primera que me enseñó la capacidad de estar junto a otro y sentirlo dentro. Me mostró que todos necesitamos compañía y ser acompañantes y que se puede vivir en la más profunda de las soledades sabiéndote pleno, digno y fiel a tus principios por encima de todos y de todo.

El telar de mis recuerdos constituye en cada puntada la vida que viví, los sueños que soñé, las gentes que amé, las ideas que defendí, las personas que admiré, los conflictos que afronté y las trabas que resolví. La esperanza y la ilusión me ayudan a seguir cosiendo.

Hasta siempre, mi querida dama de los botones.

Los Primeros Descendientes

Nuestro Barrio Inexistente

La Tercera Generación

Nuestro Barrio Inexistente



M^a Carmen Gómez

Los primeros en llegar al barrio fueron mis abuelos, los padres de mi padre, Juan y Lola. Se instalaron allí con sus tres hijos aún pequeños. Venían de vivir en la calle Lope de Vega en un piso donde estaban realquilados.

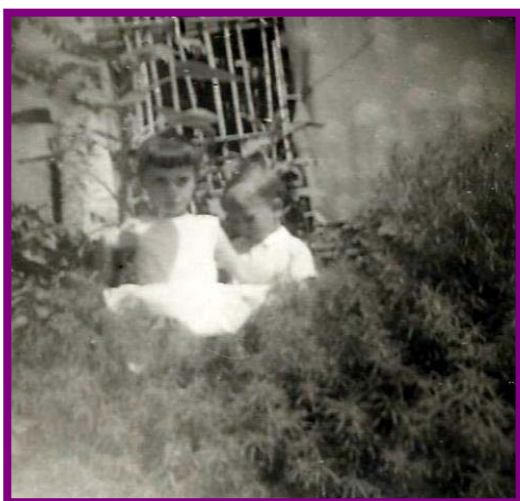
No sé si en el 58, se estilaba eso de, “se casan de penalty” pero esa fue la realidad, mis padres se casaron y escasamente un mes después nació yo. El 1 de noviembre, día de todos los Santos, a la hora de las brujas.

Al casarse mis padres, mi abuelo les cedió un trozo de su terreno para que se construyesen una vivienda. Dos compartimentos que hacían de dormitorio, cocina, comedor y lo que hiciese falta. Uno era la habitación y el otro todo

lo demás. Mi familia creció como la espuma y en pocos años nos convertimos en familia numerosa.

Nuestra casa era la del fondo del callejón. Antes de llegar allí teníamos que recorrer unas cuantas barracas. La calle principal del camino de la Perona se ensanchaba al llegar a ese tramo creando una especie de C, aunque no tan cerrada.

A la derecha, tocando un muro, estaba la casa del Carlos: un niño con el que jugábamos juntos, pero a quien yo, no sé por qué, arreaba de lo lindo. Su vivienda era muy grande, tenía un enorme patio con suelo de cemento y en medio una gigantesca higuera. El Carlos se subía a ella con la destreza de un gato para que dejase de zurrarle. Yo también me subía, pero más despacio. Me encantaban los higos, los arrancaba de la mata y me los comía allí encaramada. A mi hermana, la que va detrás de mí, también le gustaban mucho pero se los hice aborrecer: abría los higos por la mitad y se los enseñaba mientras los movía con mis manos, le hacía creer que los granitos blancos de la punta eran gusanos. No sé por qué le haría esta fechoría a la pobre.

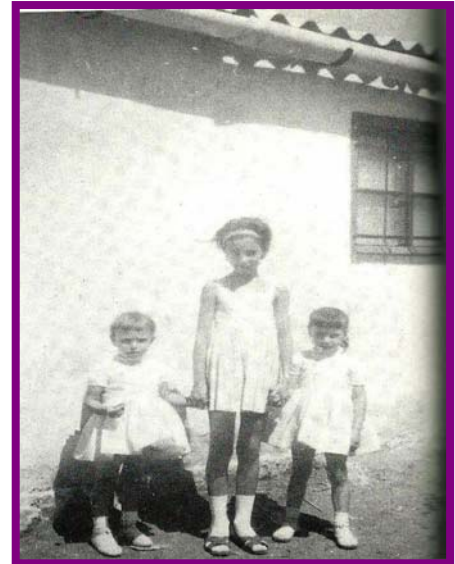


Junto a la casa del Carlos, estaba la del Cabrera. Era como un palacio, con jardín y una entrada que comparada con la nuestra parecía de ricos. Después entrabas a un callejón que tenía tres torcidas. Como si fuese una silla puesta de perfil. A lo largo de todo el recorrido había barracas.

Primero venía la de una familia con la cual no recuerdo que tuviésemos ninguna relación. Después la casa de la Paquita: una amiga íntima de mi madre. Ella era florista y se ganaba la vida vendiendo flores en el

mercado del Clot. En el barrio se encargaba de todos los adornos florales que se hacían, adornaba las puertas de las novias que se casaban y también les hacía los ramos de novia. Su casa era una

de las grandes y también tenía un jardín con muchas flores. La Paquita tenía tres hijos, dos chicos y una chica, la chica se llamaba María pero todos la conocíamos como la Mari de la Paquita. Ella era amiga mía, a pesar de que era mayor que yo. En la foto estamos: la Mari de la Paquita, a su derecha, mi hermana y a la izquierda, yo.



Después nos encontrábamos con otra de las barracas más espaciaosas de la zona, la de unos vecinos que arreglaban sillas de enea, siempre había montones de ellas apiladas en su patio: el hombre se sentaba en una de las sillas, horas y horas, entremezclando aquellas tiras de color pajizo. Posteriormente, seguía un callejón en el que vivía un montón de gente, todos de la misma familia. Consecutivamente, la casa de la Komarica, una mujer marginada y enigmática que vivía sola; a los niños nos decían que no debíamos ir con ella porque se comía a los crios. A mi me encantaba estar con ella, a pesar de que me llevaba más de un guantazo por desobedecer pero en cuanto podía, me escabullía a su morada. Lo único que la vi comerse fueron los huevos crudos. Contiguamente estaba la casa del Tarzán y su madre viuda. Y al final de todo, nosotros, mis padres y toda la “troupe” de niños hacinados en el numero 27.



Por aquel entonces ya éramos seis pero la vivienda seguía siendo la misma del principio: un rectángulo dividido por un tabique convirtiendo la casa en dos cuadrados. En el cuadrado del fondo estaba la habitación, había un armario y dos camas: la de mis padres y la de todos los niños, separadas entre si por un diminuto pasillo por el cual teníamos que pasar de lado. Entonces aún éramos cuatro hermanos. Dos dormíamos a la cabecera de la cama y los otros dos a los pies. Nos pasábamos la noche tropezando los unos con los otros hasta que un cachetazo de mi madre ponía fin a las quejas constantes, así dormíamos calientes como solía decir ella. El otro cuadrado era la cocina para todo, cocinar, comer, estar, el baño. (Un agujero en el suelo que comunicaba directamente con la vía del tren). Todo

incluido en un mismo cubículo. Cuando nacieron mis hermanos gemelos mis abuelos volvieron a ceder otro trozo de su casa y se añadió un nuevo cuadrado a los dos que ya había. De día era el comedor y de noche se habría una cama plegable donde dormíamos mi hermana y yo. El resto quedo de la misma forma, simplemente que nosotras dormíamos fuera del amotinado dormitorio y de día teníamos un comedor para hacer la vida, además de la cama había una mesa, la nevera y lo que al parecer fue la primera televisión del barrio, montada encima de una madera enganchada a la pared. A la entrada de la puerta, en la calle, había una pila para lavar la ropa.

Más abajo, tocando casi a la segunda placeta que había en nuestra parte, vivía la Montse con su madre: la Montse era una mujer soltera, una solterona decía la gente. No recuerdo haber entrado nunca a su casa pero durante estos años siempre me he acordado de ella; al pasar por su puerta



salía un buenísimo olor a caldo, y también recuerdo el olor a pescado frito y el chisporroteo del aceite al freír. Y, aquella música inolvidable. Nana, nanana, na, nana. La sintonía de Elena Francis: un programa de radio que ofrecía consejos a las oyentes, muy famoso en aquellos momentos. Al girar la esquina estaba la fuente y delante la casa de la Rosario y el Emilio que eran tíos de la que años más tarde sería mi tía Anita: ella se casó con uno de los hermanos de mi padre, mi tío Antonio. La casa de los padres de mi tía estaba un poquito más arriba de la fuente, ellos fueron unos de los primeros en llegar al barrio, su barraca era la única en aquél sector, además de la casa, se construyeron un horno clandestino para hacer pan, del cual se abastecía la gente. Hasta que se enteraron las autoridades y se lo demolieron.



Al llegar a la esquina girando a la derecha entrabas al callejón donde al final, vivían mis abuelos. Para evitar todo ese rodeo, cuando queríamos estar con mi abuela sencillamente saltábamos por la ventana de mi casa y caíamos al enorme patio rodeado de árboles frutales y San Pedros de todos los colores. En medio, una gran glorieta emparada nos daba sombra i cobijo bajo el cielo estrellado. En verano, un montón de esplendorosos racimos de uvas pendían sobre nuestras cabezas. La mitad del tiempo lo pasábamos en aquel patio junto a la vía del tren, y su estrepitoso sonido: me gustaba empinarme sobre el borde del muro para ver como pasaban los trenes y como se cruzaban entre ellos, sin chocar, cosa que me parecía increíble. Mirando los trenes bajo el abrigo de mi abuela mientras ella cocinaba, en su cocina sin puertas, me sentía querida y cuidada. En paz. La verdad es que aquella paz duraba poco, enseguida venían los niños buscándome o me llamaba mi madre para que cuidase de ellos.

Cuando mi hermana y yo hicimos la primera comunión lo celebramos en la explanada: el recoveco que había delante de la casa del Carlos y del Cabrera, antes de entrar al callejón donde vivíamos. Pusieron mesas y se organizó una gran chocolatada para la familia, los vecinos y los niños.

Llevábamos unos preciosos vestidos que nos había comprado mi abuela Angustias, la madre de mi madre. Estaba tan delgada que a pesar de que el vestido llevaba canacán se me chafaba. Mi madre me enrolló a la cintura dos toallas de baño sujetadas con imperdibles para que no se me cayeran. Así rebozada tuve que ir todo el



día y sin quejarme, cuando lo intente mi madre me dijo que si estuviere más gorda no me pasaría eso: “Así que a callar, y cuidado con que se te caigan”. ¡Bien puestas me las pondría porque allí se quedaron todo el día! El día no acabó muy bien para mí, perdí mi flamante y recién estrenado anillo y mi madre por poco me mata, lo buscamos hasta el anochecer pero no apareció. Al igual

que el vestido también me venía holgado y en cuanto deje de estar pendiente de él, salió disparado de mi escuálido dedo de novicia.

Continuamente inventaba juegos para entretener a tanto niño. Una temporada me dio por ponernos en la entrada del barrio en el puente Espronceda junto a la casa donde vendían las golosinas. Parábamos a todos los que pasaban por allí, les decíamos que para entrar al barrio tenían que darnos un beso si no, no podían pasar. La gente nos besaba y se reía. Durante mucho tiempo estuvimos haciendo esto. Había mucha gente que pasaba a diario por nuestro barrio para ir a sus casa, la gente que vivía en los pisos blancos y más allá incluso. Al final nos hicimos amigos de muchos de ellos y cada día a la misma hora corríamos a recoger nuestra tanda de besos. Dejamos de hacerlo después de un accidente que hubo en una de las barracas: tres niños amigos nuestros se quemaron en un incendio. Los padres los dejaban solos para ir a trabajar. La casa se prendió atrapándolos dentro. Aún recuerdo la vivienda quemada, el olor a humo, el hollín tiznándolo todo y los trocitos de cositas negras volando por el aire. Cada mañana llevaba a mis hermanos a jugar con ellos, aquel día, no recuerdo por qué, no los lleve. Todos vivimos muy intensamente aquella gran tragedia.



En la Perona la vida era muy sencilla, cada cual con sus enseres, fortuna e infortunios abrazaba los días para seguir adelante, sin tiempo para arrepentirse, ni mirar atrás. Y, a veces, sin tiempo ni siquiera para el dolor.

Así fue mi barrio, uno de los barrios más emblemáticos y polémicos de Barcelona, en el cual nací y me crié. La memoria histórica de las gentes y la ciudad no ha hecho honor a toda su realidad, induciendo al vacío del anonimato un pedazo de nuestra existencia. La Perona esta dentro de cada uno de los que allí guardan su historia.

Abandonamos el barrio en el año 71, nos fuimos dejando atrás una infancia que no han dudado en ensuciar, una infancia como la de muchos otros a los que el destino y la sociedad nos colocó un letrero que nada tenía que ver con nosotros.